

III

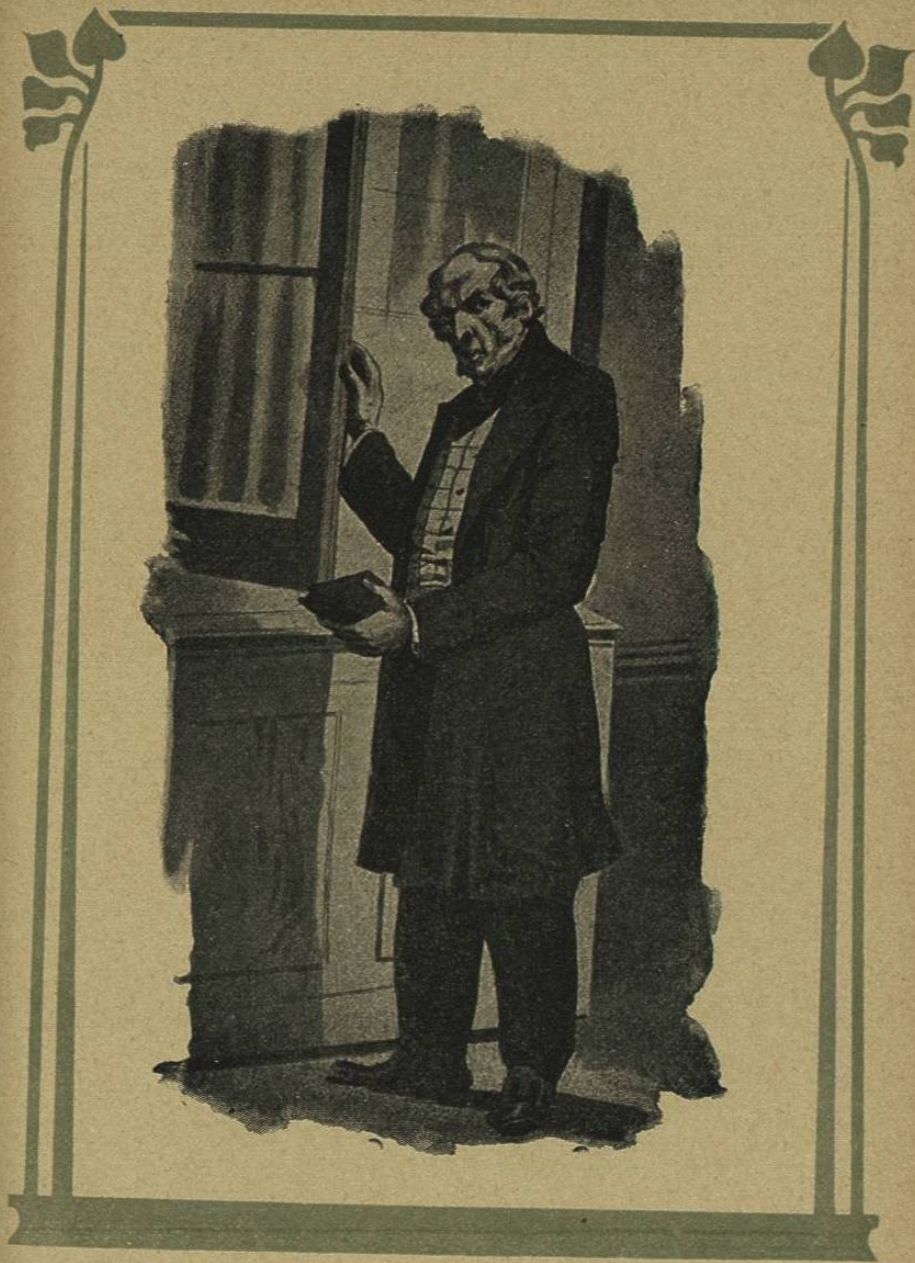
EL SEÑOR MABEUF

La bolsa de Juan Valjean había sido inútil al señor Mabeuf, porque éste, en su venerable austeridad infantil, no había aceptado el regalo de los astros; no había admitido que una estrella pudiese convertirse en luises de oro; y no había podido adivinar que lo que caía del cielo viniera de Gavroche.

Había llevado la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, puesto por el que le había hallado á disposición del que lo reclamase. La bolsa, en efecto, se perdió. No hay que decir que nadie la reclamó, sin que disfrutase este socorro el señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf continuaba viniendo á menos.

Los ensayos sobre el índigo no habían dado mejor resultado en el Jardín Botánico que en su jardín de Austerlitz. El año anterior debía el salario á su ama, y ahora debía, como hemos visto, el alquiler de la casa. El Monte de Piedad, después de cumplidos trece meses, había vendido las planchas de su *Flora*, y algún calderero habría hecho de ellas cacerolas. Perdidas, pues, sus planchas, y no pudiendo



El señor Mabeuf

completar los ejemplares descabalados en su *Flora*, que poseía aún, había cedido á bajo precio á un librero chalán, planchas y textos como desperfectos. Nada le quedó de la obra de toda su vida. Empezó á conocer el dinero de sus ejemplares.

Cuando vió que este miserable recurso se agotaba, renunció á su jardín y le dejó sin cultivo. Antes, mucho tiempo antes, había renunciado á los dos huevos y al pedazo de carne que comía de tiempo en tiempo. Sólo se alimentaba con pan y patatas: había vendido sus últimos muebles; después, todo lo que tenía doble en materia de ropa de cama, vestidos y mantas; después, sus herbarios y sus estampas; pero aún conservaba los libros más preciosos, entre los cuales había algunos muy raros, como *Los cuadros históricos de la Biblia*, edición de 1560; *La concordancia de las Biblias*, de Pedro de Bese; *Las Margaritas de la Margarita*, de Juan de la Haye, con una dedicatoria á la reina de Navarra; el libro del *Cargo y dignidad de embajador*, por el señor de Villiers Hotman; un *Florilegium Rabbinicum*, de 1644; un *Tibulo*, de 1567, con esta espléndida inscripción: *Venetiis, in ædibus manutianis*, y, en fin, un *Diógenes Laercio*, impreso en Lyon en 1644, en que se hallaban las famosas variantes del manuscrito 411 del siglo XIII del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, tan fructuosamente consultados por Enrique Estienne, y todos los pasajes en dialecto dórico, que no se encuentra más que en el célebre manuscrito del siglo XII de la biblioteca de Nápoles.

El señor Mabeuf no encendía nunca lumbre en su cuarto y se acostaba con el día para no encender luz. Parecía que no tenía vecinos, porque evitaban su encuentro cuando salía; él lo había notado. La miseria de un niño conmueve á una madre; la mise-

ría de un joven conmueve á una joven; pero la miseria de un viejo no conmueve á nadie, y es de todas las desgracias la más fría. Pero el señor Mabeuf no había perdido enteramente su serenidad de niño: sus ojos despedían aún luz cuando se fijaban en sus libros, y se sonreía cuando contemplaba el Diógenes Laercio, que era un ejemplar único. Su armario con cristales era lo único que había conservado además de lo indispensable.

Un día le dijo la tía Plutarco:

—No tengo con qué traer comida.

Lo que ella llamaba comida era un pan y cuatro ó cinco patatas.

—Fiado,—dijo el señor Mabeuf.

—Ya sabéis que me lo niegan.

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, miró mucho tiempo todos sus libros, uno después de otro, como un padre obligado á diezmar á sus hijos los miraría antes de escoger, después cogió uno de repente, se le puso debajo del brazo y salió. A las dos horas volvió sin nada debajo del brazo, puso treinta sueldos sobre la mesa y dijo:

—Traeréis que comer.

Desde aquel momento la tía Plutarco vió cubrirse el cándido semblante del señor Mabeuf con un velo sombrío, que no desapareció nunca.

El día siguiente, el otro, todos los demás fué preciso hacer lo mismo.

El señor Mabeuf salía con un libro y volvía con una moneda de plata.

Como los librereros chalanos le veían obligado á vender, le compraban por veinte sueldos los libros por que había dado veinte francos, alguna vez á ellos mismos. Así concluyó toda su biblioteca tomo á tomo. En algunos momentos se decía:—Sin embargo, tengo ochenta años,—como si tuviese alguna es-

peranza de llegar antes al fin de sus días que al fin de sus libros. Su tristeza iba en aumento; pero una vez tuvo una alegría. Salió con un Roberto Estienne que vendió en treinta y cinco sueldos en el muelle Malaquais, y volvió con un Alde que había comprado por cuarenta sueldos en la calle de Grés.—Debo cinco sueldos,—dijo muy alegre á la tía Plutarco. Aquel día no comieron.

Era de la sociedad de Horticultura, donde se sabía su pobreza. El presidente de esta sociedad vino á verle, le prometió hablar de él al ministro de Agricultura y Comercio, y lo hizo.—¿Cómo?—exclamó el ministro.—¡Ya lo creo! ¡Un docto anciano! ¡Un botánico! ¡Un hombre inofensivo! ¡Es preciso hacer algo por él! Al día siguiente el señor Mabeuf recibió una invitación para comer con el ministro.

Enseñó la carta, temblando de alegría, á la tía Plutarco.

—¡Nos hemos salvado!—dijo.

El día fijado fué á casa del ministro. Notó que su corbata rosada, su frac grande y cuadrado y sus zapatos embetunados asombraban á los porteros. Nadie le habló, ni aún el ministro. Hacia las diez de la noche, como estaba todavía esperando una palabra, oyó á la mujer del ministro, hermosa señora descotada, á quien no se había atrevido á acercarse, que preguntaba:—¿Quién es ese caballero anciano?—Se volvió á su casa, á pie, á media noche, con una fuerte lluvia. Había vendido un Elzebir para pagar el coche al ir.

Tenía la costumbre de leer todas las noches, antes de acostarse, algunas páginas de su Diógenes Laercio; sabía bastante griego para encontrar un placer en las particularidades del texto que poseía: ya no tenía más goces.

Pasáronse algunas semanas; pero de pronto la tía

Plutarco cayó enferma. Hay una cosa más triste que no tener para comprar pan en la tahona; y es no tener para comprar medicinas en la botica: una noche, el médico recetó una poción muy cara. Además, agravándose la enferma, necesitaba una persona que la cuidara.

El señor Mabeuf abrió la biblioteca y ya no tenía nada: había vendido hasta el último volumen; no le quedaba más que el Diógenes Laercio.

Se puso el ejemplar único bajo el brazo y salió: era el 4 de junio de 1832. Fué á la puerta de Santiago, á casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Puso la pila de napoleones sobre la mesa de noche de la antigua criada y se volvió á su cuarto sin decir una palabra.

Al día siguiente, desde que amaneció, se sentó en el guardacantón que había en el jardín, y pudo vérsese por cima del seto toda la mañana inmóvil, con la cabeza inclinada y la vista vagamente fija en sus platabandas marchitas. Llovía á intervalos, pero el viejo no lo notaba.

A medio día estalló en París un ruido extraordinario; parecía que se oían tiros de fusil y clamores populares.

El señor Mabeuf levantó la cabeza. Vió pasar á un jardinero y le preguntó:

—¿Qué es eso?

El jardinero respondió, con su azadón al hombro y con el acento más tranquilo:

—Un motín.

—¡Cómo! ¡Un motín!

—Sí, están combatiendo.

—¿Y por qué?

—¡Diablo!—dijo el jardinero.

—¿Hacia qué lado?—preguntó el señor Mabeuf.

—Hacia el arsenal.

El señor Mabeuf volvió á entrar en su casa, buscó maquinalmente un libro para llevarle debajo del brazo, no le encontró y dijo:

—¡Ah, es verdad!

Y salió con aire extraviado.